

Grandes potencias, el 9 de abril y la violencia

GONZALO SÁNCHEZ (EDITOR)

BOGOTÁ: PLANETA, 2000.

¿O CÓMO RESTITUIR UN PASADO COLECTIVO TRAUMÁTICO?

Digámoslos de entrada, el libro "Grandes potencias, el 9 de abril y la Violencia" constituye una contribución mayor para la comprensión de uno de los eventos más traumáticos de la historia de Colombia: la muerte del político liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1948, propiciadora de la guerra civil conocida como *la Violencia*. Esta publicación colectiva de los mayores estudiosos del tema –G. Sánchez; E. Sáenz; P. Gilhodés; D. Osher Shofer; R. Vega y S. Jáuregui–, es un "gran libro" tanto por su metodología como por sus planteamientos históricos en torno a los acontecimientos de ese entonces, vistos a través de agentes de la diplomacia y los servicios de inteligencia de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Empecemos por la metodología. Los textos reunidos se proponen restituir e interpretar la visión de

Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos sobre la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y los hechos aca-rreados por su asesinato. Son fruto del estudio de la documentación oficial de los archivos diplomáticos de estos tres países, *grandes potencias* para retomar una expresión de los autores.

En un momento en que se habla de una nueva *crisis*¹ de la historia como disciplina el libro recuerda algunos fundamentos del oficio del historiador. Sin detallarla, en las últimas décadas tal crisis se viene desarrollando a medida que la historia se nutre de los aportes de disciplinas vecinas como la sociología o más lejanas como la economía, produciendo la multiplicación de sus ramas². Para algunos críticos, la historia se diversificó tanto a lo largo del siglo XX que ahora resulta difícil contestar preguntas tan aparentemente sencillas como ¿qué es la historia? O aún, ¿en qué consiste el oficio del historiador? Más que de la crisis de una disciplina "abandonada", la historia parece atravesar una cri-

sis de crecimiento, de referentes o "sentido".

Algunos años atrás, en un polémico ensayo el historiador Paul Veyne³ afirmaba que la historia "[...] no tiene método [...]"⁴. Hay que reponer la afirmación en un contexto teórico más amplio. Como discípulo de la historia social de la Escuela francesa de los "Annales"⁵, Paul Veyne se oponía a la visión de la historia como una ciencia "pura" heredada del siglo XIX e incluso discrepaba de ciertos miembros de su misma Escuela, como March Bloch, quien aprehendía la historia a la manera de una ciencia con reglas y métodos propios. Mas en su voluntad de "deconstrucción" de la historia como ciencia, a veces se hundió en un "radicalismo" anti-histórico que deterioró la imagen de la historia como categoría científica.

Uno de los aportes del presente libro sobre la *Violencia* en Colombia es precisamente el de recordar que la historia tiene métodos. Uno de ellos consiste en reconstruir el pasado a partir del análisis

(¹) Sobre este tema, véase por ejemplo el estimulante libro del historiador Gérard Noiriel. *Sur la crise de l'histoire*. París: Belin, 1996.

(²) En Colombia, dos de los principales representantes de la historia económica son José Antonio Ocampo y Jesús Antonio Bejarano. Para una presentación de la historia económica de Colombia, véase por ejemplo Ocampo, José Antonio (compilador). *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Presidencia de la República, 1997.

(³) Veyne, Paul. *Comment on écrit l'histoire?* París: Éditions du Seuil, 1978.

(⁴) *Ídem.*, p. 9.

(⁵) Sobre este tema, véase Aguirre Rojas, Carlos Antonio. *La escuela de los Annales*. Madrid: Montesinos, 1999.

sis de archivos. Esta labor de reconstrucción puede parecer ingrata para investigadores de otras disciplinas. Supone un largo trabajo de investigación, luego de restitución de los acontecimientos respetando una cronología mínima de interpretación y por último de redacción, dando una inteligibilidad al conjunto de los hechos pasados. Ahí radica una de las principales características del historiador como autor.

Como lo reconocen los autores del presente libro, al igual que otros académicos que han reflexionado al respecto, el oficio del historiador está limitado en su labor por la subjetividad, por sus capacidades intelectuales, por el material disponible y la veracidad de los relatos analizados, etc. En ningún momento los autores pretenden elaborar un panorama exhaustivo de las percepciones de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos sobre la época, sino más bien la visión de algunos miembros de la diplomacia o sus organismos de inteligencia. Conscientes de las limitaciones de la investigación, los autores también advierten que el estudio privilegia un análisis urbano de la crisis, en detrimento de un enfoque más rural, puesto que los desplazamientos del personal extranjero se realizaron sobre todo en los centros urbanos.

Un poco a la imagen de Michel de Certeau cuando contestaba los ataques de Paul Veyne⁶, los autores del presente estudio demuestran que la historia tiene rigor científico, en especial cuando se elabora a partir de documentos de primera mano como los archivos.

Por supuesto este rigor tiene los límites propios del esfuerzo de reconstrucción del pasado. Pero existe una pluridisciplinariedad, como en el caso de esta publicación, no sólo porque expone a la vez visiones políticas, sociales y económicas, sino porque los autores proceden de horizontes académicos distintos: historiadores, economistas, polítólogos y sociólogos. Finalmente tal diversidad le da su particularidad y riqueza al estudio.

LOS DISTINTOS TIEMPOS DE LA HISTORIA

Otro aporte del texto es la invitación permanente a una reflexión en torno a la problemática del tiempo en la historia. Esta problemática se hace presente al mismo tiempo en el fondo y en la forma del trabajo, recordando que la historia se articula en distintas temporalidades.

El libro permite distinguir tres grandes formas de relación con el tiempo. En primer término, ofrece varias temporalidades o escalas de análisis: lo micro (relato de los acontecimientos), se cruza con el tiempo de más larga duración⁷, como el marco de la guerra fría que estructuró las relaciones internacionales durante varias décadas. En la introducción G. Sánchez le dedica un capítulo para poner en perspectiva mundial los acontecimientos inherentes de Colombia. Entre estos dos tiempos, se ubica el tiempo de la coyuntura, por ejemplo la economía de Colombia analizada por Pierre Gilhodés. La articulación de estos tres tiempos hace viajar al lector de un espacio temporal al

otro, contemplando varias escalas de análisis.

En segundo lugar, resulta interesante diferenciar el tiempo histórico contado (el acabado de mencionar), y la estructura del relato en sí misma. En este último caso, el papel del historiador como autor de la reconstrucción del pasado es particularmente importante. De él depende el estudio y el ordenamiento inteligible de los acontecimientos. La estructura de las secuencias narrativas o analíticas recae así en el escritor, quien tiene la posibilidad de dejar que el relato sea *dominado*⁸ por las secuencias explicativas y viceversa, o de dejar que ninguno domine al otro.

En el presente trabajo el relato histórico se ve fuertemente dominado, aunque no siempre. Es decir el relato está enmarcado en una argumentación, en un análisis o trama explicativa expuesto por los autores. La idea es dar la palabra a los observadores de la época sin que sus interpretaciones se queden "sueltas", sin ninguna coherencia. Por eso el texto respeta un orden temporal, a la vez cronológico y temático: análisis de la evolución de los pequeños acontecimientos, de los hechos coyunturales y de las estructuras político-militares y socio-económicos antes, durante y después de la muerte de Gaitán, orientando al lector en la comprensión de los hechos.

Además, tiene la originalidad de dar la visión desde varios puntos de vista nacionales (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia), según un juego de espejos. El texto propone un relato y un análisis

(6) De Certeau, Michel. *L'écriture de l'histoire*, París: Gallimard, 1975.

(7) Este tipo de escala temporal que permite destacar las grandes «estructuras» de la historia remite a una de las nociones clásicas desarrolladas por el historiador Fernand Braudel. Véase: Braudel, F. *Les ambitions de l'Histoire*. París: Éditions de Fallois 1997.

(8) Sobre esta noción, véase: Leduc, Jean. *Les historiens et le temps*. París: Éditions du Seuil. 1999.

sis en una tónica repetitiva pero diferenciada, gracias a los análisis de los autores y la visión de los observadores directos de los acontecimientos. Entonces, el lector se ve invitado a leer los mismos acontecimientos según una espiral interpretativa y analítica que cambia de un actor a otro.

En tercera instancia, se destaca el tiempo como objeto de construcción retrospectiva, a partir del presente, subrayando el papel interactivo de la memoria como "puente" entre dos tiempos, el presente y el pasado. Sin reconocerlo explícitamente los autores contribuyen a lo que en otras situaciones conflictivas se ha denominado un *deber de memoria*, en referencia a acontecimientos trágicos de la historia de una nación.

En el caso de Colombia la lectura del libro permite (re)abrir, desde afuera, una época dolorosa de Colombia que todavía no ha dado lugar a una reconciliación nacional. Dicha reconciliación ha de empezar por un conocimiento cada vez más preciso y matizado de los acontecimientos de la época, determinando los actores de la violencia, sus motivos y alianzas. En este sentido el libro cumple una original labor de memoria colectiva, al proponer una visión externa sobre fenómenos eminentemente internos.

UNA MIRADA DIFERENCIADA Y EXTERNA SOBRE LA VIOLENCIA

Repitámoslo, los acontecimientos expuestos y analizados en el libro tienen dimensiones fundamentalmente colombianas. Sin embargo, como lo afirma P. Gilhodés,

"en Colombia se presentan acontecimientos que no deben desvincularse de la historia mundial, a pesar de que esos vínculos no sean obvios ni fáciles de interpretar".

Esta conexión es, precisamente, la que permite comprender la

mirada de los agentes de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia en sus relatos elaborados en viajes y estadías en Colombia.

En su análisis sobre Estados Unidos Douglas Osher Sofer recuerda que por la diversidad de agentes involucrados en la elaboración de la política exterior estadounidense (Departamento de Estado, Departamento de la Marina, Agencia Central de Inteligencia, etc.), resulta difícil tener una visión unitaria. Todos los protagonistas de la política exterior estadounidense concordaban en que Colombia se ubicaba en el escenario de una conspiración comunista internacional. En su interpretación se mostraban influenciados por el paradigma de la confrontación "este-oeste", en estructuración en aquellos años de posguerra mundial.

Las divergencias se manifestaban, antes del asesinato de Gaitán, en cuanto a la visión en torno a la fortaleza de los partidos comunistas latinoamericanos, y el colombiano en particular, frente a Moscú. Los partidarios de una teoría de la "dependencia", con fuerte representación en el Departamento de Estado, estaban preocupados por la subordinación de las fuerzas comunistas latinoamericanas al partido soviético y su posible vinculación en una red de solidaridad internacional. Se demarcaban de algunos agentes de la CIA que alegaban una mayor autonomía de los partidos comunistas latinoamericanos, descritos como capaces de suministrar los medios para sostener el esfuerzo de guerra de la Unión Soviética en la perspectiva de un conflicto con Estados Unidos. Perspectiva rechazada por otras agencias, entre ellas la Oficina de Inteligencia Naval, quien menospreció la amenaza comunista en el subcontinente latinoamericano insistiendo en la capacidad de respuesta de los gobiernos nacionales ante esta ofensiva.

Obsesionados por la expansión del comunismo y la manipulación de los colombianos por parte de la Unión Soviética (visión del Departamento de Estado), Estados Unidos entró en tensión con el gobierno colombiano poco antes de la muerte de Gaitán, todo con el telón de fondo de la evidente preocupación por la seguridad hemisférica.

Las percepciones e intereses de Gran Bretaña y Francia eran bien diferentes. Al salir de la guerra, la actitud de estos dos países reflejaba la postura de potencias coloniales en decadencia, que además no estaban en su zona de influencia histórica (África y Asia). Aunque estaban preocupadas por la difusión del comunismo, el tema de la seguridad en su política exterior no era tan relevante como para Estados Unidos, nueva potencia político-militar, económica y socio-cultural de rango mundial. Mientras en Gran Bretaña primaba un interés económico en su relación con Colombia –después de la caída de Alemania como potencia económica regional–, Francia hacia un análisis más en términos socio-culturales: veía en la situación económica del país una oportunidad para legitimar su poderío colonizador en otras partes del mundo. Por intermedio de su embajada hizo una sorprendente descripción de la configuración económica de Colombia según una dinámica colonizadora interna, cuyo centro se ubicaba en Antioquia, expresión de una cultura *paisa* influenciada por Europa, y se desplegaba hacia el resto del país. Es como si la visión de estos funcionarios sirvieran de contraargumento a los discursos sobre la descolonización, vigentes en este entonces en el mundo.

La lectura de la muerte de Gaitán también dio lugar a distintas interpretaciones. Para Estados Unidos, según los servicios implicados en la política exterior, las visiones pueden cambiar de un

protagonista a otro siguiendo tres ideas centrales: existe una alianza populista y desestabilizadora entre el gaitanismo y los comunistas, que podría manifestarse en la novena conferencia interamericana celebrada en Bogotá a principios de abril de 1948. Dicha alianza pasó a ser una enemistad con el asesinato de Gaitán por parte de los comunistas. Por último, la muerte de éste volvió a ser la prueba de la conspiración comunista internacional para sabotear la novena Conferencia y obstaculizar los intereses estadounidenses en la región.

Ahora bien, como lo recuerdan varias veces los autores del libro citando partes de un artículo del antropólogo Paul Rivet publicado en un famoso periódico francés a propósito del 9 de abril:

"Es lamentable que haya estallado en el momento en que la Conferencia Panamericana está reunida en Bogotá, pero es inexacto establecer cualquier relación entre los dos acontecimientos".

El *linkage* entre la muerte del hombre político y la retórica del intento de perturbar la Conferencia revela una internacionalización exagerada de eventos eminentemente colombianos, ajenos a la confrontación este-oeste.

La posición británica parece mucho más matizada: si es cierto que reconoce una participación (in)directa de los comunistas colombianos, se alejó de la tesis de un complot comunista de envergadura internacional y supo identificar de manera muy fina el papel de otros sectores de la población civil que se aprovecharon de la crisis para participar

espontáneamente en el saqueo general del país. La lectura de los acontecimientos por parte de Francia desde su embajada en Bogotá sorprendería a cualquier estudioso de la evolución de la política exterior francesa desde la Segunda Guerra Mundial: sus representantes parecen haber caído en un anticomunismo digno de los más radicales en Estados Unidos. Este sorprendente alineamiento francés con Estados Unidos y la falta de análisis de la situación hacen decir con virulencia a los autores (R. Vega y Sara Jáuregui):

"Los diplomáticos franceses, guiados por su abierto anticomunismo (...) no podían más que reproducir, de una forma burda, las letanías (...) del Departamento de Estado de Estados Unidos".

Por último, el período de crisis abierto después de la muerte de Gaitán asimismo fue objeto de interpretaciones divergentes que oscilan entre el vacío de poder, el desorden y la incertidumbre para Estados Unidos, y la agudización de la violencia por la bipolarización del conflicto entre conservadores y liberales desde la perspectiva francesa. Una vez más la descripción más cercana a la complejidad de los hechos procede de Gran Bretaña. Lejos de ser analizada como una situación de simple "caos", la visión británica se abre. Primero identifica una coexistencia entre el orden y el desorden⁹ con una fase de expansión económica, atractiva para las inversiones británicas, hasta mediados de los años 1950. Segundo se destaca un período de crisis económica y de sentimiento de per-

petuación sin fin de la violencia, en coincidencia con la llegada al poder del general Rojas Pinilla. A partir de allí, el *horizonte de expectativa*¹⁰ de la joven nación colombiana se vuelve aún más oscuro y violento sin esperanza concreta de reconciliación nacional.

Infortunadamente, esta impresión de la visión británica y el comentario de G. Sánchez sobre ella han sido corroborados por los hechos. La *Violencia* de esos años no ha dado lugar a una reconciliación nacional, se ha quedado como una herida abierta en la historia y la memoria colectivas de los colombianos. Además, ha constituido un terreno fértil para la aparición de otras formas de violencia organizada a partir de los años sesenta. Más que una violencia que contribuyera a construir la nación, los acontecimientos sangrientos de las décadas de 1940 y 1950 han propiciado una violencia contra la nación, es decir la que fragmenta e incluso destruye el tejido y los lazos sociales.

En este sentido esta experiencia colectiva traumática colombiana se diferencia de otros momentos de violencia societal en América Latina. Como lo plantea P. Gilhodés en el libro cuando dice que los hechos de dicha experiencia

(...) ganarían en profundidad y claridad si se comparara con la revolución mexicana de 1910 (...).

Hablando de la revolución mexicana, el presente libro hace pensar en el papel de las grandes potencias en su revolución, tal como fue magistralmente analizada por el historiador F. Katz¹¹. A

⁽⁹⁾ Sobre este tema, véase: Pécaut, Daniel. *L'ordre et le désordre*. París: EHESS, 1987.

⁽¹⁰⁾ Expresión del historiador Reinhart Koselleck, *Le futur passé – Contribution à la sémantique des temps historiques*. París: EHESS, 1990.

⁽¹¹⁾ Katz, Friedrich. *La guerra secreta en México*. México: Era, 1999.

la luz de su obra aparece una mirada de diferencias con la situación colombiana. Nos limitaremos a mencionar dos: la revolución en México ha permitido construir y vincular cierto imaginario colectivo y sentimiento de nación a partir de sus desarrollos violentos; la participación de países extranjeros fue más significativa que en el caso de la *Violencia* en Colombia.

Sobre este último aspecto se siente en el libro, en la parte dedicada a los Estados Unidos, que su participación fue relevante

para comprender la difusión de las violencias después la muerte de Gaitán. Habría que complementar la mirada de las grandes potencias sobre la *Violencia* con un estudio de su papel efectivo en la evolución de los acontecimientos. También habría que interesarse en la mirada de España, otra gran potencia de influencia regional que no aparece en la investigación, y de los países de América del sur. Entonces, es grande la tentación de pedirle a los autores una continuación de este brillante y novedoso trabajo

colectivo de investigación histórica.

Mientras tanto, como se afirma en la introducción,

"muchas cosas de la historia política colombiana, de las relaciones internacionales, de las relaciones militares y de la historia social y económica tendrán que ser revisadas a la luz de la nueva documentación que se pone a la disposición de los lectores".

ERIC LAIR, Profesor de Ciencia Política
y candidato a Doctor en Sociología.